

VILLAYERDE RICO, M.^a José, *Rousseau visto por sus contemporáneos: odio e idolatría*, Madrid: Guillermo Escolar Editor, 2025, 223 pp.

Durante muchos años la historiadora de las ideas M.^a José Villaverde dirigió el Seminario de Ilustración adscrito al Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset de Madrid. Este libro, además de su interés en Rousseau y en las Luces francesas, tiene detrás los debates que en aquel seminario se mantuvieron sobre qué era la Ilustración y sobre la propia Ilustración española. Por otra parte, el «ciudadano de Ginebra» es un viejo compañero de viaje de la autora, y así este libro supone una revisión de sus ideas y planteamientos plasmados en trabajos anteriores como *Rousseau y el pensamiento de las Luces* (1987) y su edición de *El contrato social*, además de un nuevo enfoque sobre su figura, manifiesto al analizar de qué modo el ginebrino construyó su personaje, cómo este invadió a la persona y de qué manera, a la postre contradictoria, huyó del personaje creado a la búsqueda de la independencia intelectual. Asunto este de la máxima importancia en el periodo, cuando el sistema clientelar (escritor/noble o político) servía como estructura dependiente de relación.

En la estela de los trabajos de Raymond Trousson sobre la visión de Jean-Jacques, se estudia cómo fue entendido Rousseau y de qué manera se convirtió en personaje de culto, adorado y perseguido por sus lectores, aunque también por aquellos que no habían leído una sola página suya, pero tenían noticia del individuo excéntrico que se movía

por París y por otros lugares. El fenómeno de la celebridad, tan estudiado últimamente, encuentra aquí un buen ejemplo, y M.^a José Villaverde se vale de esa perspectiva para intentar comprender la complejidad del escritor y las razones por las que para ser él mismo huyó durante tantos años. El proceso de conversión en figura pública, que encuentra su culminación al ser inhumado en el Panteón francés, tras haberlo sido en Ermenonville, y de conversión en referente revolucionario, se estudia al hilo del análisis de sus relaciones con figuras de la Ilustración como Diderot –acicate para desarrollar sus ideas–, Voltaire –representación de cuanto odiaba–, Grimm, d'Holbach y Hume, y de su vinculación con los antifilósofos o antiilustrados. Se conocen así sus relaciones personales y diferencias ideológicas, en una época en que lo privado con facilidad se volvía público, gracias a la filtración de cartas y porque los intereses propios se confundían con los del grupo. Las relaciones de Rousseau con los filósofos, además de por las diferencias de pensamiento, estuvieron determinadas por el desprecio que muchos de ellos y de sus mecenas sintieron por un hombre que no renegó de sus orígenes ni de la mujer semianalfabeta con la que se acabó casando.

El libro muestra bien de qué modo, partiendo de lo ilustrado, el ginebrino se construyó desde el rechazo de eso mismo, lo que se manifestó en el enfrentamiento con sus antiguos colegas y en su posterior abandono. Abandono extensible a su deseo de vivir en soledad, tras ser víctima del éxito alcanzado; decisión incomprensible en

un medio que valoraba por encima de todo la sociabilidad y la vida urbana. A diferencia de la mayoría de los escritores de su tiempo, en cierto momento apostó por el gran público y consiguió su atención –por sus obras narrativas y por sus acciones–, hasta el punto de que se invadía su casa y su tiempo. Pero el gran hombre se debía a su público, lo mismo que, por ejemplo, Voltaire y los actores, que debían rendir pleitesía a sus incondicionales. Su compleja personalidad deseaba y rechazaba a la vez esa celebridad y esa dimensión pública de su actividad literaria, aunque a menudo se olvida el influjo que en ese rechazo de lo público pudo tener su incontinenencia urinaria y el tumor en la próstata, dolencias poco compatibles con la vida en sociedad.

Pero si tuvo tanto éxito fue por su capacidad para comunicar con sus lectores, tanto como por sus certeros diagnósticos acerca de los caracteres y las contradicciones de la modernidad naciente; por la fuerza de su punto de vista autorreferencial, nacido de una infancia y una juventud infelices. Recuérdese que comenzó a escribir con cuarenta años. La autora resume así las razones de su característica exposición y relación social: «¿Cómo no apiadarse ante la profunda insatisfacción, la honda infelicidad de ese ser trascendente y trágico, sin familia y sin patria, que anhelaba ser querido y aceptado? Uno de esos seres cuya infancia desgraciada y sin afecto ha recluso en sí mismo, y cuya juventud repleta de humillaciones ha hecho brotar una sed de reconocimiento social que nada puede saciar. Un hombre en guerra con el mundo al que no le perdonaba su indiferencia y

su desprecio» (p. 75). Un hombre valiente y desafiante, por otro lado, que, a diferencia de sus contemporáneos, firmaba sus obras al publicarlas. Y que tampoco dudó en revelar secretos ni autorías, pues era el «amante de la verdad», cuando lo consideró oportuno y conveniente para atacar o defenderse. En especial, al repeler los fuertes envites de Voltaire, que lo insultó y degradó en no pocos panfletos, además de dar a conocer que había abandonado a sus hijos en la inclusa, algo que cada vez perturbaba más a Rousseau, pues los dejó por no poder mantenerlos y con la connivencia de la madre.

Muchos momentos del libro son importantes. Es el caso del análisis de las circunstancias personales en que publicó su *Lettre à d'Alembert*, motivo de separación total no solo de Diderot, sino también del resto de los «filósofos», así como el impacto que la publicación de la primera parte de las *Confesiones* tuvo sobre su imagen, pues sus revelaciones contradecían el retrato austero y virtuoso que se había labrado. Consiguió la enemistad de muchos por descubrir secretos, escándalos y la vida privada, propia y de otros, hasta el punto de que se le consideró un ser repulsivo por su exhibicionismo, «un sucio animal», en palabras de la condesa de Boufflers. Sus revelaciones, así como la reivindicación del plebeyo, chocaban con el código de conducta y sociabilidad pactado en los salones, con la cultura de las apariencias.

En otro plano, una de las mejores aportaciones de este libro es el peso que se da a los antiilustrados y a la pregunta de si Rousseau lo fue, aspecto que cambia notablemente la imagen

tradicional del personaje y de un París decidida y marcadamente ilustrado. El peso de estos intelectuales, la influencia de sus protectoras y de sus salones quedan suficientemente claros en la investigación, de manera que el retrato del mundo intelectual del tiempo de Rousseau se representa mejor y, sobre todo, de una forma que explica actitudes, respuestas, conflictos y prohibiciones. Las páginas dedicadas a los antiilustrados y a su relación con Rousseau son una parte del libro de gran novedad. La autora entra en discusión con Isaiah Berlin, Jonathan Israel, Didier Masseau y otros para mostrar que no hubo uniformidad en este grupo, que no pocos de ellos fueron ilustrados moderados o ilustrados críticos con distintos aspectos del movimiento. Con este extenso capítulo del libro se completa la imagen cultural del siglo de la Ilustración francesa y se dan pistas para entender la permanencia de una línea de pensamiento dentro del ámbito conservador, que tanto integró a los que rechazaban las Luces y el progreso como a quienes desde la tradición intentaron congeniar o compaginar ambas tendencias, de lo que también hay casos en España.

La relación de Rousseau con los antifilósofos fue compleja, y lo cierto es que no pocos, como demuestra Villaverde Rico, se sirvieron de él (por ejemplo, Linguet, cercano a los jacobinos, que acabó sus días en la guillotina) para atacar a los enciclopedistas, pues compartían, aunque fuese en distintos grados, parte de su discurso. Pero es que la frontera entre *philosophie* y *antiphilosophie* era porosa y había más puntos de conexión de los que se querían admitir.

Por ejemplo, la aceptación de la idea de progreso, aparte de que no se piensa lo mismo a lo largo de la vida. Considerar que los diferenció su posición respecto del catolicismo es, seguramente, errado, pues pocos «filósofos» fueron ateos, figurando los más en el bando «devoto» con diferentes intensidades y actitudes ante la creencia. Por otro lado, si los enfrentamientos fueron por diferencias de tendencia, también, como siempre, no pocas veces hubo razones personales, pues la arrogancia de los «filósofos» y su sectarismo les creó numerosos enemigos.

Ante la pregunta de si Rousseau fue un antifilósofo, la autora responde que su pensamiento se erige sobre una «cosmología» diferente de la de las Luces y que el mismo autor se sentía diferente de los «filósofos» (p. 165), fue un hijo de la Ilustración que se rebeló contra ella. Si los ilustrados defendían el valor de la ciencia y de la ciudad, él permaneció en las ideas del pasado y defendió la Providencia. Pero, por otro lado, cuestionar los principios de la Ilustración, o algunos de ellos, formaba parte de la condición ilustrada, como Martín Sarmiento y José de Cádiz enseñan.

En definitiva, este libro, novedoso por muchos motivos, desborda el objeto del título: Rousseau y sus contemporáneos, para proporcionar una visión nueva, matizada y sin prejuicios del personaje, pero también para revelar al lector un periodo, el ilustrado francés, más variado y completo de lo que la historiografía nos ha proporcionado. Y en este sentido, como ya se indicó, destacan las páginas sobre la «antifilosofía». Por lo demás, se descubre una figura compleja y acomplexada, rencorosa, resentida

socialmente, egoísta, genial y egocéntrica, que ve su relación con el mundo desde el punto de vista del complot y desde la periferia. No participar de lo común aumentaría la sensación de que todos conspiraban contra él. Con buen criterio, para entender a Rousseau, la autora tiene en cuenta las circunstancias de su vida, su controvertida sicología, el lugar marginal en el que se situó dentro de la República Literaria por propia voluntad y cómo ese lugar generó una perspectiva sobre su entorno que le aseguraba sus prejuicios. Se concluye que Rousseau habitó en la paradoja. Como señala Georges May, escribió para expiar el error de su primer escrito y continuó haciéndolo para demostrar que no había que escribir.

Por último, el libro, a pesar del gran aparato bibliográfico y documental manejado, a pesar de la gran erudición y buen conocimiento de la materia que demuestra su autora, se lee bien, gracias a su estilo cercano y directo. M.^a José Villaverde cuenta la historia de un hombre, su aventura personal e intelectual en un medio naciente, el de la opinión pública, la sociedad del espectáculo y la independencia del intelectual, y para ello recrea la época y los ambientes mentales y sociales. Y no olvida nunca que trata sobre individuos, no solo sobre ideas, lo que da a *Rousseau visto por sus contemporáneos* una riqueza y una proximidad que se agradecen.

Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS